

CANTO XI.

Las armas y rebatos entre tanto
Por horas menudean en Granada;

Con guarda bien armada á todos lados
En larga procesion á paso lento

Yendo imitando pues desta manera
Un miserable ejemplo de vencidos,

El fin que tuvo aquel atroz efecto
No se pudo saber, porque al instante

Otros, que movimiento de ira fuese
Testificaban el que al moro osado

O fué vana ambicion de torpe fama,
O desesperacion abominable,

Nunca fué provocado el granadino
Por obra ni palabra al hecho odioso;

Al hospital quedaron reducidos
Solos los hombres, porque las mujeres

Ya con armada gente y comisarios,
Religadas las manos á cordeles,

Andaba en toda España celebrado
De Verja el caso, que por fama vuela,

Selim, emperador de los turcos, determina pedir á venecianos
isla de Chipre. El Comendador mayor se apunta en el consejo

Tales eran de Hesperia los molinos
Que alimentaban varias esperanzas,

Bien como por atajos y rodeos
Atravesando van los rios caudales,

Es mar y abismo á nuestros pensamientos
El fin que eficazmente deseamos;

Quien mas se azora al héctico fracaso
Es el tirano odioso de levante,

Que no es salir del órden comenzado
Tratar de las turquescas ocurrencias,

Imperaba en la silla de otomanos
Sultan Selim, segundo deste nombre,

La fuerza de ambicion que lo impelia
A hambre de reinar lo transportaba;

Así duda Selim, y así sentia
Un diverso ocurrir de pensamientos;

Y bajar hasta el reino de Granada.

Dificultaba el pérfido otomano
Si á Oran recuperando y á Melilla,

Es de notar que Soliman habia
Hecho tregua en el año de cuarenta,

Parécele á Selim caso aciago
El no recuperar el reino ardiente

¡Oh gloria de mandar, dulce y amarga,
Lisonja peligrosa de fortuna,

Sábese contentar naturaleza
De fáciles regalos sin pasiones,

Andaba discurriendo el otomano
Por el claro valor de sus mayores,

«¿Será que de mis hados la influencia
Con remision culpable yo refrene,

«Cuando menores armas han tenido,
Al revolver feliz de pocos años,

«Tengo en la Europa tanta parte mia,
Que, desde la Dalmacia comenzando,

Hasta que da al mar Negro su tributo,

»Y aun hasta la meótica laguna,
Adonde el Tánais su cabeza inclina,

»Mas bien sé que por Asia discurriendo,
Tengo á toda la fértil Natolia;

»Las tres Arabias mando, y la dichosa,
Con la casa de Meca emboblecida,

»Hacia la tramontana y el poniente
Seria proceder en infinito

»Y en fin, ¿qué monte santo ó qué terreno
El sol calienta ni la noche enfria,

Luego pues que la luz se fué esparciendo,
Selim manda llamar sus consejeros,

»Ni tampoco me importa por agora
Recopilar los hechos y grandeza

»Costumbre antigua es ya á los sucesores
Deste imperio emprender nuevas jornadas,

»Seguras de temor y de recelo
Por inviolable ley del alto cielo.

»Tengo gente dispuesta para guerra
De soberbias é indómitas naciones,
Que pondrán freno al mar, yugo á la tierra
Con huestes invencibles y escuadrones;
Y así, el sueño á mis ojos ya no cierra,
Porque pigo noche y día los pregones,
De donde infiero que sin duda alguna
Me llama á grandes voces la fortuna.

»Mas decidme vosotros, ¿qué camino
Debo escoger en tantos diferentes?
¿Moveré contra el reino ponentino
Mis lunas, mas que el sol resplandecientes,
O romperé las fuerzas del latino,
Por donde Ticio vómitos ardientes
Lanza, ó poniendo á Malta duro freno,
Impediré á españoles el Tirreno?»

»Mas dijera Selim, si blandamente
El bajá Mahamed, con su licencia,
No le atajara el hélico torrente
Con resuelta fauendia y elocuencia;
Este era mas que esotros preminente,
Primer voto y sabio de experiencia
En guerra y en político gobiernó,
Del Gran Turco privado, y aun su yerno.

« Los asirios reinaron, le decía,
Mil y docientos años y cuarenta,
Hasta aquel aciago y triste día
Que Artábató mató al que el mundo afrenta,
Y dió á los medos gloria y nombradía
Por otro largo término sin cuenta;
Mas, aunque tanto tiempo conquistaron,
Aquellos ni estos de Asia no pasaron.

»Y aquel emperador de macedones,
Que grande es hoy llamado en toda parte,
Y quebrantó los muros babilones,
Fabricadura del terrible Marte,
Terror monstruoso fué de las naciones,
Con presteza de rayo cuando parte
Con furia acelerada, y en un punto
Cayendo mata y muere todo junto.

»Mas nuestro firme imperio en breves días,
Desde Asia la cabeza levantando
Por difíciles casos y arduas vías,
Se fué hácia ambos polos dilatando,
Ora venciendo en ásperas porfías,
Ora sin sangre con temor domando,
Sin faltar en alguna coyuntura
Quien herede el poder y la ventura.

»Y si quieres de mí saber cuál vía
Mas clara se te ofrece por agora,
Si en algo estimas la sentencia mia,
Nacida de un buen celo que te adora,
El reino sitiarás donde solía
Ser Venus adorada por señora;
Y si alargar mi voto; oh Rey! consientes,
Diré luego las causas evidentes.»

Selim dijo: «Prosigue, que el oído
Tendré á cuanto dijeres bien atento,
Y sabe cierto que en lo referido
Me diste un especial contentamiento.»
El Bajá, que se vió favorecido,
A la habla volvió con nuevo aliento,
El tono mejoró, quietó el semblante,
Y así con lo propuesto fué adelante:

« Antes que el gran Soldán vencido fuera
De tu abuelo Selim en lid furiosa,
Siempre esta isla conquistar quisiera,
Y la de Ródas, no menos famosa,
Diciendo que cabeza de ambas era
La gran Jerusalén, ciudad gloriosa;
Y así, por fuerza de armas pretendía
Adquirir el derecho que tenía.

»Fueron los mamelucos asolados;
Egipto y la Siria, que en la cumbre
Vieron la libertad de sus estados,
Tu abuelo los redujo á servidumbre;
Tu padre Soliman, el cual los hádos
Del suyo iba imitando y la costumbre,
A Ródas conquistó, y á ti, su nieto,
Toca hacer en Chipre el mismo efecto.

»Es fértil, ahundosa y rica tierra,
En los confines de Asia muy metida,
La gente della inhábil para guerra,
Que está por luenga paz enlaquecida;
No hay allí riscos ni escabrosa sierra,
Ni está de buenas plazas guarnecida;
Menos hay quien nos salga á la campaña,
Y está lejos Italia, y mas España.»

El Turco respondió: «Yo bien quisiera
Desde luego poner en eso mano,
Si color á lo menos dar pudiera
Para ensanarme contra el veneciano.»
El Bajá replicó: «; Mahoma quiera
Que entiendas lo que puedes, otomano!
¿Color quieres tú dar como si fueses
Quien mas satisfacer que á ti debes?»

»Desvélese el señor necesitado,
Niegue por el ajeno su contento,
Proceda puntual y recatado
Por la áspera ficción del cumplimiento;
Mas el que está en grandeza entronizado,
Rico y poderosísimo, su intento,
Su gusto es viva ley establecida,
Sin fuerza ni razón que se lo impida.

»La posesion que tienen usurpada
Quitarás solamente á venecianos,
Porque la propiedad está juzgada
En favor de los duques saboyanos;
Deja á Sicilia, á Malta y á Granada,
Deja agora los pueblos africanos;
Que no cumple alejarte á hacer guerra,
Pues tienes que ganar dentro en tu tierra.

»Y para proceder mas satisfecho
En negar á Venecia tregua y liga,
Sabe que ha de aprobar ella este hecho
Con volverse después á serte amiga;
Ladrará como el can á su despecho
Cuando su dueño á palos le castiga;
Mas luego, si le llama blandamente,
Se viene humilde, manso y obediente.

»Por tanto, si hacerte determinas
Señor de Chipre, de tus fueros usa,
Y manda retener en tus marinas
Cualquiera vela suya sin excusa;
Pondrás luego en prisiones diamantinas
Este su embajador; porque, confusa
Y atónita Venecia, estos rehenes
Procure rescatar con muchos bienes.

»Esto hecho, una carta se le escriba
Pidiendo á Chipre, y no por modo blando,
Antes soberbio, y su intencion esquivada
Mandando ruegue y pida amenazando.»
Selim lo dicho aprueba, y con altiva
Muestra á los otros vuelve preguntando
Qué juzgan ó qué sienten del concierto,
Y unánimes dijeron: «Bien, por cierto.»

Luego que en esto cautelosamente
Resolucion se tuvo, el cumplimiento
Con aceleradísimo expediente
Descubrió la malicia del intento;
Clamaba en vano la mezquina gente,
Viendo su desastrado perdimiento;
Naves, hacienda y libertad perdidas,
El riesgo temen de las tristes vidas.

Presos los venecianos que en Turquía
A la sazón estaban, fué notada
La indigna carta, y en el mismo día
Orden se dió para juntar armada;
Porque la veneciana señoría,
Si no condescendiere á la embajada,
El relámpago viendo del ensayo,
Escuche el trueno á un tiempo, y sienta el rayo.

Partió el Chauz con una lengua asperta
A hacer el oficio que le toca;
Despierta, pues, si duermes; ea, despierta,
Venecia; si no estás del todo loca,
Y verás la celada descubierta
De aquel rabioso can que con la boca
Que te lame y adula ha de morderte,
Y ha de venir por tiempos á comerte.

Mientras esto en Bizancio se prepara,
Abenhumeya aprisa se apercebe;
Usa Fajardo de su industria rara,
Callando las sospechas que concibe;
Mas padece su ejército á la clara,
Y es notable perjuicio el que recibe,
Por el poco remedio que se halla
Para le bastecer de vitualla.

La carestía del estéril año,
La falta de las recuas y viaderos,
Que suelen suplir parte deste daño
Con refresco, aunque á costa de dineros,
Eran las causas, pero el mas extraño
Azar estaba en los embarcaderos,
Donde del crudo mar rescacas fieras
Impedian el uso á las galeras.

Todo el tiempo que allí se iba perdiendo,
El enemigo entonces le ganaba,
Su campo de hora en hora rehaciendo,
Que en número y pertrechos se aumentaba;
Don Luis de Requesenes, esto viendo,
Extraordinariamente procuraba
Juntar la provision que conviniere
Para que la victoria se siguiese.

Sonóse que, después de haber juntado
Mediana cantidad con diligencia,
Y habido mucho al Marqués solicitado
Contra la Almanzorina decendencia,
Viéndole que aun no está determinado,
En consejo arguyó su negligencia,
Diciéndole: «Oh Marqués, ¿quién nos detiene
Cuando la brevedad tanto conviene?»

»Quien tras la buena suerte no camina,
Quien no conoce y sigue la victoria,
Por donde no pensó después declina,
Y arrepentido cae de aquella gloria;
Agora, que esos hombres sin doctrina
Tienen presente y viva la memoria
De la de Verja, debes perseguillos
Y con su espanto mismo confundillos.

»Y no des tiempo á que se les olvide,
Y á rehacerse, como ya sucede,
Mira que la ocasion á voces pide
Que tu persona quiera lo que puede;
Con la del Magances tu fuerza mide,
Y verás claramente que le excede,
Con la misma ventaja y diferencia
Que vence á la malicia la prudencia.

»Las haces Anibal venció romanas,
Y pudiera, siguiendo su ventura,
Con la reputacion de la de Canas
Poner á Roma en servidumbre dura;
Pudieran bien las huestes pompeyanas
Reducir á la extrema desventura
A las de César; mas á cada uno
Sobrevino después hado importuno.

»Pero, si no te mueven mis razones,
Ni los ejemplos ciertos alegados,
Muévate ver aquí tantas legiones
De fuertes y bravos soldados,
Que hasta á les mudar las condiciones
El ocio, y mantenerse de pescados,
Y el esfogar del sol el rayo estivo
Todos los días con nadar lactivo.

»Por tanto, yo te aviso y te requiero
No tardes en salir á la campaña;
Y donde no, yo solo me profiero,
Por vida del muy alto rey de España,
A ir acaudillando el campo entero,
Rompiendo dilacion que así nos daña,
Y de que lo haré como lo digo,
Este consejo ilustre sea testigo.»

El Marqués, que de suyo era impaciente,
Grave, determinado y animoso,
Sintió en el corazón terriblemente
Aquel razonamiento litigioso;
Mas supose vencer, como prudente,
En negocio tan arduo y peligroso,
Y al catalán bizarro así responde,
Que á su crédito y cargo corresponde:

«Aunque para respuesta dar pudiera
De mi intencion la prueba, y de mi vida,
La fe de mis servicios verdadera,
De mi señor el Rey agradecida,
No quiero permitir, ni Dios lo quiera,
Que una proposicion tan desabrida
Pueda escandalizar algun sentido
De los que solo juzgan por lo oído.

»Si entráramos aquí á negocio nuestro,
Llanamente pudiera resentirme
; Oh noble don Luis! del decir vuestro
Y á la venganza justa aperebirme;
Mas solo esto pensar sería siniestro,
Siendo el objeto verdadero y firme
Que nos ayunta aquí la grey romana
Y el bien de la república cristiana.

»Y así, renuncio aquello que á mi toca;
Y á lo que hace al caso respondiéndolo,
Digo que la paciencia se me apoca
Esta jornada un punto difiriendo;
Mas que del emprendella me revoca
Por algun día causa que yo entiendo,
Y no hay necesidad que á mi deseo
Espuelas se le añadan, segun creo.

»Será bien que á lo menos conversemos
Con término pacífico y sincero,
Y en todo lo demás nos conformemos,
Pues pretendéis lo mismo que yo quiero;
Todos como aquí estamos, entendemos
Vuestro celo fiel, gran caballero,
Y pues del procedió, yo os agradezco
Lo dicho, aunque fraternas no merezco.»

Aquí dió fin sabroso y concertado
Aquel fauendo y generoso pecho;
El consejo de oille edificado
Quedó, y de todo punto satisfecho;
El catalán sagaz y acreditado,
También celoso del comun provecho,
Templó en el blando son de la respuesta
El áspero tenor de la propuesta.

La ocasion que al Marqués tardar hacia
Después, como primero, estuvo oculta,
Aunque sobre entendella se tenia
Entre contemplativos gran consulta.
Llegó en efecto la sazón y el día
De salir á buscar la turba multa;
Ya en Adra en alta voz se echaba el bando,
Ya las banderas se iban aprestando.

Marchando alertos van diez mil infantes,
Setecientos jinetes en la silla;
La vanguardia, de escuadras importantes,
Don Juan el de Mendoza la acaudilla;
La retaguardia, de otras semejantes,
Lleva á cargo don Pedro de Padilla,
Con orden que los dos por singulares,
Vayan trocando á días sus lugares.

El cuerpo de batalla iba tan junto
A la vanguardia y retaguardia fieras,
Que, alzando unos el pié, en el mismo punto
Le ponen otros puestos por hileras;
Por uno y otro lado iban á punto
De jinetes las bandas mas ligeras.
Con esta diligencia se marchaba,
Y ya de cerca Verja se mostraba.

Dejada luego á la siniestra mano,
Se prosiguió el viaje en hora buena,
Atravesando todo el ancho llano
Que se intitula allí de Lucaynena;
Al fin del cual el perdido tirano
Tenia puesta ya gente agarena,
Con quien los nuestros con ardiente gana
Traban escaramuza, aunque liviana;

Porque á la sierra luego al continente
A paso presuroso se acogieron,
Y al campo rebelado que al presente
Estaba cerca, todos á dar fueron;
Calando en esto el sol por occidente,
Los nuestros en lo llano se estirieron,
Y al Marqués alojarse le convino
En Ujjar, que estaba allí vecino.

Otra vez pareció el señor de Delo,
Y hizo en nuestro mundo su jornada,
Y otra segunda vez se vistió el cielo,
De su luciente fábrica estrellada,
Sin que el Marqués siguiese al reyezuelo,
Creyendo que su ira convida
Bajar del monte al llano le haría,
Visto que tanto en él se detenía.

Mas en tanto que allí se detuvieron,
Los moros á la mira se quedaron,
Sus hijos y mujeres traspusieron,
Vitnalla escondieron y quemaron;
De los nuestros algunos que antevieron,
La verdad, el tardarse condenaron;
El Marqués está firme en su decreto;
Que á las veces se engaña el mas discreto.

Ya cuando Febo en el siguiente dia,
Los mares plateó, y doró la tierra,
Nuestro famoso ejército partía,
En orden puesto y en ardid de guerra;
No dos millas cabales marcharía,
Cuando sobre un recuesto de la sierra
De moros pareció gran muchedumbre
En ala, como tienen de costumbre.

Con grita y algazara resonante,
Su engañador profeta apellidando,
La vanguardia acometen al instante,
Que no estaba otra cosa deseando;
Tocabate á don Pedro el ir delante,
Con sus banderas, claro y fuerte bando;
Y así, se comenzó de aquella parte
Heróicamente el furibundo Marte.

El tirano los suyos animaba
Diferenciado en todo y conocido,
Así por el guion que ante él andaba,
Como por el color de su vestido;
De alcades escuadron tras sí llevaba,
Y capitanes de su patrio nido,
Con los turcos y moros señalados
En cargos y valor por mas soldados.

Al mismo punto que con fuerza rara
Da la vanguardia en los contrarios fieros,
Los embiste el marqués de la Fabara
Con sus muy esforzados ventureros;
Aqui y allí se hierre y se repara;
Bien se muestran de todos los aceros;
Que ya nuestra batalla y retaguardia
Comenzaba á ayudar á la vanguardia.

De tal manera nuestros escuadrones
Representaron la cruel batalla,
Que eligieron las bárbaras naciones
El remedio mas vil para dejalla;
Y á los que al embestir fueron leones,
Al retirarse son triste canalla,
Y buscan, temerosos y esparcidos,
La aspereza y lugares escondidos.

Como si del azogue deleznable
Alguna cantidad fuese vertida,
Iria por tierra con rodar instable,
En partes infinitas dividida,
Así fué aquella gente abominable
Rota, desordenada y repartida;
Huyen su perdición casi notoria,
Dejando en nuestras manos la victoria.

Mas el de la Fabara, no contento
Del refran que les dá puente de plata,
Hace apriesa anegar en rio sangriento
A muchos dellos que alcanzando mata;
Don Diego el de Fajardo, con aliento
Y furia de leon que se desata,
Sigue el odioso bando fugitivo,
Haciendo prueba de su esfuerzo altivo.

Abenhumeya, rotos sus vasallos,
Queriéndose escapar la sierra arriba,
Salió con solamente ocho caballos
Que la aspereza ya del curso priva;
Y así, tuvo por bien dejarretallos
Para huir á pié la sana esquiua
De los dos caballeros que en alcance
Le van á mas andar en aquel trance.

No pareció al de Vélez conveniente
Seguir los enemigos cautelosos,
Por tierra que caballos no consiente,
Que son al pelear tan provechosos,
Aunque es impedimento mas urgente
Faltar los bastimentos mas forzosos;
Necesidad precisa que refrena
El mas pujante orgullo, y le condena.

Quando el hermoso hijo de Latona
El hemisferio bajo calentaba,
El inclito Fajardo no perdona
Su cuerpo, ni al reposo se entregaba;
Antes, aventurando su persona,
Con docientos caballos caminaba
Hacia la Calahorra, á do creia
Que vitnalla á punto hallaría.

Porque así al hijo de Austria con instancia
Se lo habia desde Adra ya pedido;
Mas la falta de recuas y distancia
Tal prevención habian impedido.
Volvió al campo el caudillo de importancia,
Y hallóse alojado y repartido
Dentro en Valor el bajo, y en el alto
De provision y de contento falto.

El Marqués á su ejército promete
Que estará en abundancia con presteza
Y marchando otra vez, con él se mete
En Calahorra, casa y fortaleza
De los marqueses nobles de Cenete,
Patrimonio otros tiempos y riqueza
Del traidor Julian, por cuya saña
Ganaron los alárabes á España.

Allí vino el sustento necesario
Por Adra, que antes se llamaba Abdera;
Mas como ni el ejército contrario
Rindió con el huir la cerviz fiera,
Ni el nuestro á su valor extraordinario
Pudo satisfacer como quisiera,
El moro se rehizo en dos momentos,
Y los nuestros quedaron descontentos.

No osa el Marqués un punto desviarse,
Porque le llegan nuevas cada hora
De que la tierra quiere levantarse
De Guadix, Baza y rio de Almanzora;
Filabres tambien quiere rebelarse,
Y el Boloduy, alzado, ya empodera
Las sospechas temidas y fundadas
De plazas de cristianos mal armadas.

Pero la ociosidad y la tristeza,
La falta de no estar bien alojado,
Causó de enfermedades tal graveza,
Que en breve fué el ejército deznado,
No puede acá engendrar naturaleza
Cuerpo tan achacoso y delicado
Como es un campo junto, aunque se vea
Que del cada soldado un roble sea.

Oféndete del aire la mudanza;
A veces mudar agua mas le empece;
Causale el frio recia destemplanza;
Falta de sueño y camas le entorpece;
Y lo que aumenta mas su mala andanza,
Es que cualquiera mal de que adolece
Se arraiga luego y vuelve contagioso,
Y así, cualquiera es grave y peligroso.

Y como destó es fin y paradero
Motín escandaloso y desrancharse,
Era caso afrentoso y lastimero
Ver cada dia el campo aniquilarse;
Finalmente, al castigo, aunque severo,
Tanto vinieron á desvergonzarse,
Que juntos cuatrocientos se conjuran,
Y el paso, en orden puestos, apresuran.

Con desesperación descomedida,
Puestas las mechas en las serpentinias,
Quieren aventurar honor y vida
Por dejar las contiendas granadinias;
Mas don Diego Fajardo se convida
A impedir violencias tan indinas,
Y sale en escuadron de mano armada
A hacelles que dejen la jornada.

Requíreles que vuelvan, y protesta
Que donde no, los pasará á cuchillo;
Mas ellos no le dan otra respuesta
Sino un arcabuzazo y mal herillo;
La gente que con él iba dispuesta
Al mismo insulto, deja de seguillo,
Y pásase la mas con odio esquivo
Al bando amotinado y fugitivo.

Don Diego fué á vol verse constreñido,
Y corrió de la vida riesgo extraño;
Quédole un brazo manco y encogido,
Injusto premio de valor tamaño.
Asi vino el ejército temido,
A reducirse casi al final daño,
Y á estar dentro en lugar bien trincheado,
Suspense, receloso y desvelado.

Del ser soldados viejos solamente
El nombre á los de Nápoles detuvo,
Y la particular ilustre gente
El ser del General en pié mantuvo;
Mas el Supremo, que esto cuida y siente,
A Baza con mil hombres por bien tuvo
Viniese el fuerte Luna á paso largo,
Dejando de la Vega en otro el cargo.

Sucedióle á este tiempo en el oficio
Que de ser general della tenia,
Aquel Marte en el hélico ejercicio,
Que Manrique se llama y don Garcia;
El cual con hado á su virtud propio
Con nuestros enemigos se vió un dia,
Y como felicísimo caudillo,
Gran daño les causó sin recibillo.

Mas el Abenhumeya, envanecido,
Con siete mil infantes campeaba,
Y algunos de á caballo, á quien partido
Solo por vanagloria entonces daba;
Corria disoluto y atrevido
Desde allá donde el mar la tierra lava,
Casi hasta los muros granadinos,
Esparciendo de sangre los caminos.

Los moros del Padul se rebelaron,
Haciendo estrago duro y lastimero,
Tambien los de Jerjal armas tomaron
A persuasión del mal Puerto Carrero;
Al cual después sus culpas entregaron
En manos del insigne caballero
Que de Tendilla dignamente es conde,
Por lo bien que á los suyos corresponde.

Estaba en el Alhambra de Granada,
Por el ausencia de su padre caro,
Con la tenencia que le dió ampliada
El rey Fernando al bisabuelo raro;
Fué al fin por su mandado ejecutada
La sentencia con voz de pregon claro,
Y las carnes del moro consumidas
Con tenazas crueles y encendidas.

Cerca del rio de Alboloduy, que es paso
Desde Guadix y Baza al mar de Atlante,
Se tuvo nueva cierta de un fracaso
Y que el remedio presto era importante;
Porque un poder y número no escaso
De moros se aumentaba cada instante,
Y tal, que si se unia al otro campo,
Señor pudiera ser de todo el campo.

Era del reino el daño tan crecido,
Y el mal tanto se habia apoderado,
Que parecia cuerpo corrompido
Del formidable morbo afrancesado;
El cual, mientras un miembro es guarecido,
Otro y otro descubre inficionado,
Que el arraigado humor le contamina,
Haciendo inútil arte y medicina.

Tambien lo era en el pueblo granadino
Para fiebres curar pestilenciales;
Y así, estaban poblados de continuo,
Mejor que las banderas, hospitales;
La corrupción del aire á engendrar vino
Enfermedades y dolores tales,
Que mas cuerpos reducen á la tierra,
Que la violenta furia de la guerra.

Partió de Calahorra una mañana
Fajardo, y por vanguardia el de Padilla,
Lleva su guarnición napolitana,
Amparo valeroso de Castilla;
Marchando en orden llegan á Finana
Después que del zenit el sol se humilla,
De donde nueve leguas se contaban
Al pueblo en que los moros se alojaban.

La distancia y haber forzosamente
De pasarse el torcido y caudal rio,
Muchas veces causó otro inconveniente,
Aunque en marchar el campo no es tardío;
Y así, no fué posible humanamente
Llegar antes que el sol el aire umbrío
Venza; y así, la luz les fué importuna,
Como en las Albuñuelas al de Luna.

En este tiempo la francesa saña,
Que los antiguos odios nunca olvida,
Dicen que, recuestada de Bretaña,
Provincia que su Dios y fama olvida,
Trataba de asaltar la fiel España,
Que ser debiera della socorrida;
A tanta ingratitud y sinrazones
Transportan á los hombres sus pasiones.

Del flamenco distrito los soldados
Con mayor libertad y violencia
Andaban en sus tratos obstinados,
A Dios y al Rey negando la obediencia;
Mas ya los comisarios enviados
Al pueblo que á san Marcos reverencia,
A vista llegan del, corriendo á remo
El mar, entonces calma por extremo.

La proa en tierra ya tocado habia
Y en ella los ministros que el tirano
Enviaba saltaron sin porfia,
Mas que si de algún rey fueran cristiano;
Cuando la antigua y libre señoría,
Sujeta indignamente al otomano,
A oillos fué á juntarse en el Senado,
Temiendo algún mensaje no pensado.

CANTO XII.

Pone el turco en ejecución el pedir á Chipre, y viene con gran ejército: á esta sazón se aventura el reyezuelo en un recuento que tuvo con el de los Vélez, el cual dá la vuelta á Baza. Don Fernandillo, habiendo intentado la empresa de Adra, hace estratagemas para ganar á Motril, y un morisco le ordena la muerte.

Socorre pues tu barca, que se anega,
Divino Pedro, y si al impio santo,
Como es verdad, jamas del mundo llega
Noticia que doler pueda algún tanto,
Al eterno Maestro aplaca y ruega,
Por el dolor y fuerza de aquel llanto
Que tu conciencia y fe purificaba
Mientras la redención se celebraba.

Que se acuerde, pues nada se le olvida,
De la Iglesia, su cara y dulce esposa,
Por quien un tiempo, á costa de su vida,
Venció al pecado en guerra sanguinosa,
Y agora está penada y alligida,
Con voz triste y figura lagrimosa,
Quejándose en acentos piadosos,
Cercada de contrarios cautelosos.

Mas, oh vigilantísimo barquero,
Que ni á ti falta punto en suplicallo,
Ni al trino consistorio verdadero
Propicia voluntad de remediallo;
Y así, devotamente considero,
Antes por cierta fe investigo y hallo
Que la invidia cruel cierra la puerta
Al bien, que está de empar por Dios abierta.

Esta furia infernal, rabiosa, insana,
Que oprime los humanos corazones,
Sin duda de las tres es cuarta hermana,
Madre de agravios y de sinrazones;
Es injuria sacrilega, profana,
Arpia infausta de tribulaciones,
Que siempre contamina los manjares,
Por dar y recibir tristes pesares.